

che, y, sin advertir á su padre, salió y fué á la tienda adonde tantas veces había ido. Tenía miedo al entrar de que la interrogasen, de que le guardasen rencor por haberlos dejado sin despedirse, de que no le dieran labor; pero la dueña la recibió amable:

—¡Gracias á Dios, hijal! ¿Qué le ha pasado? ¡Tanto tiempo sin verla!... Hemos pensado mucho en usted.

—He estado enferma, señora; perdóneme... ¿Tendrá usted bordado para mí?

—Para usted siempre hay... Precisamente acaban de llegar quince camisas de esas que no se le pueden encargar á cualquiera. Se las iba á dar á otra, pero puesto que ha venido usted... Las necesito para el jueves.

Luisa las plegó cuidadosamente y salió. Ya en la calle, oprimiendo contra su seno el paquete de ropa, se puso á recordar la primera vez que había ido á aquella tienda donde por unas pocas monedas le habían quitado tantas horas de su juventud y tanta vista de sus ojos; luego pensó en otra noche, en la anterior al día de su entrada en el teatro, cuando al entregar el bordado creyó que no volvería á entrar allí nunca más... Y su vida se le apareció como uno de esos complicados laberintos en los cuales, después de dar vueltas y vueltas, nos encontramos otra vez en el mismo punto de partida,

LA PIEL

LA PARTIDA

Todos los viernes por la tarde Eulogio Valdés, que era un hombre metódico, se dedicaba á recordar.

Subía á la azotea, y sentado en una mecedora, con la camisa desabrochada, el abanico de palma sobre las piernas y los ojos á medio cerrar, iba poco á poco alstrayéndose del presente y remontando el curso de su vida anterior. La barca del recuerdo tardaba á veces mucho tiempo en tomar la corriente, entorpecida por preocupaciones inoportunas; pero en cuanto el viento de la evocación henchía las velas, las playas de lo actual quedaban detrás, borrábanse; y cada vez era un delicioso viaje al través de hechos que de pronto se presentaban como desconocidos, que iban lentamente detallándose, hasta aparecer tamizados por la distancia y desprovistos del sentido perentorio que tuvieron un día, con ese hechizo que suponemos podríamos imprimir á nuestra

existencia si nos fuera otorgado el milagro de volverla á vivir.

Recordaba la finca de campo donde transcurrió su niñez; y recordaba con tanta intensidad, que en sus oídos revivía hasta el ruido del ganado que encorralaban al llegar la noche, y dentro de sus ojos la quinta con sus paredes de tablas superpuestas, con sus ventanas pintadas de azul, con su veleta rematada por un gallo enhiesto. Su madre y su hermana trabajaban en la cocina, y él, con los hijos de otras esclavas, correteaba en busca de frutas, á caza de lagartos ó de gusanos de luz para encerrarlos en un frasco que de noche era lámpara viva... A los ocho años, sin que accidente alguno le originara, una hemorragia terrible lo extenuó hasta dejarlo casi sin vida; y de resultas de ella perdió la memoria, olvidando no sólo las ideas, sino hasta el ejercicio de sus miembros. Y tuvo que aprender de nuevo á andar, á situarse con respecto á los fenómenos elementales, á balbucir silabas, que fueron poco á poco juntándose, enunciando personas ó cosas, formulando ideas. Este hecho atrajo sobre él la atención del amo y la de un sacerdote, visita asidua de la quinta. ¿Cómo aquellos dos hombres podían ser amigos? Nunca Eulogio lo comprendió. Don Antonio era afable, de semblante serio y tardos ademanes; del amo nunca podía saberse si hablaba

enfadado ó no, porque aunque dijera cosas indiferentes y hasta halagüeñas, traslucíase tras sus palabras una intención mordaz; sonreía siempre y castigaba con dureza á los esclavos. Algunos decían que don Antonio y el amo eran parientes.

Todas las mañanas entraban en su cuarto á preguntarle por la salud; cuando venía don Antonio solo, Eulogio se alegraba y respondía á sus preguntas; pero el amo le daba miedo y muchas mañanas, al verlo, cerraba los ojos para que no le hablase. Una vez, creyéndolo dormido, don Antonio interrogó al amo:

—Y éste, ¿también será hijo tuyo?

—Bah, todas las que salen embarazadas dicen lo mismo; y no sé el interés que tienen, porque á mí me da igual y apaleo lo mismo á un hijo mío que á uno tuyo, si lo tuvieras.

Aunque tenía los ojos cerrados, Eulogio comprendió que al decir esto el amo mostraba sus dientes formidables... Luego que estuvo restablecido, don Antonio lo llamaba á menudo para darle lecciones de lectura, y al concluir, no dejaba nunca de decirle: "Muchacho, tú tienes más probabilidades que nadie para ser feliz, porque has tenido dos infancias." El amo escuchaba en silencio y sonreía ¡con aquella sonrisa!... En un libro de cuentos el niño pudo hallar la imagen de aquellos dos rostros que inesperadamente se inclinaban para ob-

servar su vida: el de don Antonio era la cara hosca, pero honrada de los leñadores, y el del amo la casa de paredes de azúcar cande donde se ocultaba la hechicera... Recordaba que, fingiendo acceder á los deseos de don Antonio, el amo lo tomó á su servicio directo, le enseñó Geografía, Aritmética, y á medida que su inteligencia iba entreviendo nuevas claridades, complaciase en despistarla con bromas secas que destruían en un momento el esfuerzo de varias horas de tensión para comprender. Un día lo sentaba á su mesa, lo mimaba, y de súbito, sin causa alguna, lo dejaba sin comer y hacía que le limpiara las botas; le trajo un trajecito de la ciudad, pero no se lo dejó vestir nunca. "Cuando seas hombre, le decía, te llevaré conmigo á París y tendrás profesores, coches, teatros, libros, joyas, mujeres, todo menos comida. Hay que seguir el consejo del *pater*, que jura que no sólo de pan vive el hombre. Al fin, sólo lo superfluo es necesario; ya verás." Eulogio abría sus ojitos atónitos, amedrentado más por el gesto y por la sonrisa que por las palabras... Un día el amo apareció muerto en el campo, sin que jamás pudiera conocerse al asesino. Lo habían estrangulado con una cuerda y luego lo clavaron en un árbol; un cuhcillo le atravesaba el cuello y otro el vientre.

...Al cabo de un rato, la dulcedumbre del recuerdo y el calor iban aflojando los lazos que sujetaban el espíritu á la realidad; la cabeza se abandonaba al respaldo de mimbres y el sueño venía al fin; un sueño en el que, muchas veces, se renovaban las mismas imágenes lejanas, y del cual lo despertaban ya el pregón quejumbroso de alguna vendedora de dulces, en la calle, ya el vuelo de una bandada de palomas que describían amplios círculos ó espirales en torno del palomar, ya la brisa que llegaba del mar al iniciarse el crepúsculo. Entonces Eulogio se levantaba, y á pasos inciertos, sin recobrar aún su personalidad, bajaba la escalera. En el cuarto adonde iba á parar, había, entre otros trastos viejos, un armario de luna; y en ese espejo hendido y empolvado, colocado allí, frente á la escalera, por un azar irónico, Eulogio Valdés tomaba de nuevo cada viernes posesión de sí mismo. Miraba sus labios abultados, su nariz ancha, su pelo rizado en mil minúsculas sortijas, su piel negra...; y como si cada vez se sorprendiese dolorosamente de ser quien era, se detenía un momento y dejaba libre un suspiro antes de seguir hacia las otras habitaciones...

Al abolirse la esclavitud, don Antonio, pretextando interés por las aptitudes de Eulogio para el estudio, consiguió de su madre que lo

dejara ir con él á la ciudad para internarlo en el Seminario. En el refectorio, la noche de su ingreso, hubo risas contenidas torpemente; y la vida de San Alfonso María de Ligorio, lectura merced á la cual el cuerpo y el espíritu se alimentaban al mismo tiempo, tuvo que ser interrumpida por accesos de tos, que permitieron al seminarista que leía participar del regocijo; hasta el rector y el chantre de la catedral, que cenaba á su diestra, se volvían para disimular la risa; los fámulos reían también; y la cara de Eulogio y la del Cristo enclavado en el testero superior de la sala, fueron las únicas serias aquella noche.

Los primeros días fueron penosos; Eulogio sentía la hostilidad en torno; pero la costumbre triunfó de los buenos é hizo que las simpatías y antipatías se demarcaran. Los profesores le tomaron apego por su celo, por su fácil disposición para aprender; mas, casi sin sospecharlo, le ofendían de continuo, extrañándose de que siendo negro pudiera ser inteligente. Al principio, Eulogio ayudaba la misa; deslumbrado por el lujo de la capilla, permanecía largas horas prosternado y sus narices vibraban cuando el humo del incienso llenaba la nave y nublaba las vidrieras de colores. Á veces, de un libro de lectura, surgía un estímulo que le daba fuerzas para resistir varios días. ¿No había Federico Douglas, á pesar

de ser negro, logrado gran prestigio? ¿No consiguió Edmunda Lewis, que además de la inferioridad del color tuvo la del sexo, que fueran sus esculturas admiradas? ¿Si él lograra, como logró Alejandro Dumas, que lo miraran "por debajo de la piel"! Y estudiaba con ahinco, sin tregua; para no agravar su situación excitando la envidia, fingía á menudo en clase no saber las lecciones. Como era robusto y bondadoso, unos fueron captados por su bondad y otros por su fuerza; sólo un muchacho bizco mantuvo su odio durante los siete años que vivieron juntos. No hubo afrenta que no le hiciera sufrir; delación ni befa ni oportunidad que le perdonara; no hubo tregua; y Eulogio sentía toda la atención de aquel mozo, maligna y vigilante, puesta en su vida. Tolerado por los mejores, pero sin llegar á ser particularmente querido de ninguno, había concluído por no salir á la calle con la fila, para evitar las burlas de las gentes, aun la de su propia raza, que reían al ver á un negro vestido de seminarista. Vagamente llegaban hasta él noticias de las revoluciones que conmovían el país. Sangriento y regular el destino de Taití, iba cambiando inmutablemente: se sustituía un tirano con otro, una horda de ladrones famélicos... Al principio Eulogio pensó en ser santo; luego, con más modestia, pensó en ser cura; después, al entrar en la pubertad

y sentir su verdadera naturaleza, confesóse que su mansedumbre, su gran necesidad de afectos, sus anhelos de justicia, eran bastantes para hacer de él un hombre bueno, pero insuficientes para convertirlo en un buen ministro de Dios. A veces, en las noches de primavera, cuando el jardín parecía volatilizarse y un sopor pasional llenaba la celda, el sensualismo atávico lo turbaba. Además, el muchacho bizco tenía razón: "Un santo negro era posible; mas un cura negro á nadie se le podía ocurrir."

Al morir don Antonio, que le legó unos centenares de pesos, Eulogio se sintió desamparado en el Seminario. Su madre y su hermana estaban sirviendo en la capital, y en las cartas, que dictaban á un memorialista, pedíanle siempre que fuera á vivir junto á ellas. Eulogio pensó entonces en la Universidad. Acaso allá... Anunció al rector del seminario su decisión y nadie intentó retenerle. El primer dolor hondo de Eulogio nació al convencerse de que, durante siete años no había logrado encender un solo cariño capaz de desbordar las fronteras de raza. La última noche no pudo dormir; cien exaltaciones ahuyentaban el sueño. Los cuatro muros de su celda, donde había consumido siete años, le parecían tomar un aspecto nuevo, sentir como él la separación. Al fin habían sido siete años tristes, es verdad, pero tranquilos; siete años, en los que tuvo largos lap-

sos de calma, sin casi sentirse vivir. ¿Qué torbellinos le aguardaban en la nueva vida?... Dejó la cama, fué sin ruido al corredor, y acodado en la baranda, se puso á contemplar el jardín. Cuatro hileras de persianas verdes marcaban los dos pisos del Seminario, envuelto en la paz de la noche, y los árboles, abajo en el patio, se movían con un susurro cordial. El pozo rebosante de agua de lluvia, guardaba en su fondo la luna, y parecía un ojo de turbia pupila... Por asociación de ideas, Eulogio pensó en el muchacho bizco y miró á su cuarto, donde también había luz: sin duda lo espiaba. ¿Contra quién dirigiría en adelante su vida, necesitada de odio aquel muchacho? Tuvo miedo, un miedo pueril, de que quisiera matarlo aquella última noche, y corrió el cerrojo de la puerta.

Al día siguiente dejó para siempre las ropas talares y partió para la capital.

En la Universidad su vida mejoró. Las vidas de sus compañeros no estaban confinadas como en el seminario, y teniendo numerosas válvulas por donde dar suelta á la necesidad de bien, de mal, de acción en fin, no pasaron de las primeras burlas y lo dejaron libre. Corrían entonces vientos de democracia. Muchos de los profesores estaban mezclados en la vida política y comprendieron la ventaja de

elogiar al nuevo discípulo, trocándolo en cebo con que atraerse más tarde la gran cantidad de negros que había en el país. Mejor preparado para los estudios por la disciplina del seminario, Eulogio descollaba en las clases, y su fama rebasó pronto las paredes de las aulas para ir á ser como una buena nueva de esperanza en los círculos políticos y en las casas de vecindad donde vivían los negros en una promiscuidad antigua, deseosos de encontrar un jefe capaz de encauzar la fuerza que el sufragio universal les había conferido. Prematuramente arrancado á la vida de estudiante por las solicitudes de los suyos, Eulogio se dispuso á comenzar su obra. De su vida claustral guardaba un germen de fatalismo católico, y creyéndose instrumento de la voluntad divina, sacrificó sus preferencias personales para erigirse en redentor de su raza. Sus primeros pasos fueron de triunfo; sí, él sería el guía de los suyos y, con solicitud de buen pastor, haría que el rebaño subiera dulcemente el sendero; mas la complejidad de la vida le opuso pronto los primeros obstáculos. La envidia y la burla se daban las manos por encima del camino; y el camino era abrupto y el rebaño, mostrándose reacio al consejo, se descarriaba muchas veces. Los esclavos se habían manumitido, pero la esclavitud moral era más visible, más vejaminosa que antaño.

Ni un paso había dado aún el alma de la raza hacia la redención; seguía la herencia africana, el bárbaro instinto sanguinario, los bailes frenéticos, al son de gritos guturales de ritmo tan pronto colérico como doliente; la creencia en Dios coexistía con los ritos de la liturgia gentilica, con las ideas, mal asimiladas, de democracia. Para ellos libertad valía tanto como libertinaje, y autoridad igual que tiranía... Eulogio obtuvo destinos, fué diputado. Al principio se hizo la ilusión de dirigir el movimiento; pero pronto dióse cuenta de que no hacía si no seguirlo, ser un autómeta más, impulsado por fuerzas recónditas, ancestrales y obscuras á las que era inútil oponerse. A pesar de su deseo de vida simple, sus mismos partidarios le compelián á buscar la sociedad de la raza enemiga; el haber asistido á un baile dado por los blancos, le valía más enhorabuena que por haber pronunciado un discurso. Y bien pronto las pasiones ajenas se adueñaron de su personalidad y lo convirtieron en juguete de explotación fácil. Por natural tendencia á la hipérbole se exageraban sus defectos y sus virtudes. En un semanario satírico, un pobre hombre que dibujaba de oído, lo representaba cada número de pie sobre un altar, rodeado de angelitos negros. Cada cual se apropiaba el derecho de utilizarlo, de engañarlo, como si la impunidad

de las infamias dependiese del color de la piel de quien las recibe. En vísperas de elecciones se publicaba la noticia de su adhesión á un grupo, y al día siguiente, cuando la rectificación veía la luz, era tarde ya: sus partidarios de provincia y del campo habían ido á engrosar los votos del autor de la superchería. Y no valía protestar, debatirse; la cosa se tomaba á broma; la gracia monótona del semanario volvía á repetirse y la opinión pública jamás dejaba de celebrar el hecho. Muchas veces Eulogio pensó renunciar, abandonarlo todo. La desesperación acrecentábase aún más en su casa, donde veía á su hermana y á su madre, rescatadas por él de la servidumbre, sosteniendo concubinatos á espaldas suyas, sin otra norma de fidelidad que el capricho; desdeñando toda idea de moral y llegando á preguntarle á cada exhortación suya, que por qué no se había quedado en el seminario si tan santo era. Sólo pensaban en ponerse sombreros, en echarse polvos de arroz, en aceptar clandestinamente ofrendas que él rechazaba, en justificar á cada paso el dictado de mono de imitación de la raza que los oprimía. Y en estas escenas domésticas veía Eulogio una síntesis de toda su raza deseosa de ponerse al nivel de la blanca, ó sobre ella, sin mejorarse. Adivinábase en los caudillos negros, envidia de los cohechos, de las prevaricaciones y ne-

gocios realizados por los blancos. Porque en Taití, como en otros países menos bárbaros, ó tenidos por tales, gobierno era para sinónimo de botín... ¿Y por qué era él tan distinto? ¿Quién le transmitía la aspiración de orden moral sentida desde la niñez? Una noche, ansioso de esclarecer esta constante duda, interrogó á su madre; ella titubeó, adquirió ese color cenizo que toman los negros al turbarse, y después de pronunciar dos ó tres nombres se encogió de hombros. Él la hizo callar y, confuso, tragó además de su afrenta la que su madre era incapaz de sentir. Aquellas dudas acerca de quién pudiera ser el autor de su pobre vida tenían, sin embargo, una luz de certidumbre: Eulogio sentía bien que su padre había sido un hombre de otra raza... y, sin querer, pensaba con horror en las odiosas palabras del amo, que oyó de niño mientras fingía dormir en su cama de enfermo.

Como no era general, su prestigio no era inviolable, y como carecía del don de hablar de prisa y de expresar con afirmaciones aquello de que no estaba seguro, la masa de su partido se decepcionó. Se le llamaba soñador, que era allí eufemismo para llamar tonto; si Eulogio decía que el ideal de democracia no ordenaba rebajar al superior hasta la baja del inferior, sino tratar de elevar á éste, sentía

la burla de los negros y la de los blancos herirle con desprecio igual. Su dolor más hondo era comprobar que sus ideas chocaban únicamente por provenir de él; otros hombres expresaban ideales semejantes y nadie se reía. Era su piel, el pigmento maldito... ¡Y sentía que la herencia de su padre desconocido era aquella pobre alma blanca cautiva en su cuerpo...

Y sufrió, no sólo por ver á los otros medrar, mientras él se estancaba reduciéndose á ser un ídolo decorativo; sufrió, más aún, por aquellos á quienes pensó redimir, cuyo destino sería constituir la perenne carne de cañón en las revoluciones, ser pedestal de logreros, parias contentos con las comparsas salvajes que cada año, en Carnaval, dejábanles celebrar los gobernadores. Su oposición á estas fiestas concluyó de arruinar su prestigio. Seguía siendo diputado; pero al sentir que no podía asumir la representación de los suyos, no quiso intervenir en los debates. Era el primero que llegaba al Congreso y el último que se marchaba. Triste, silencioso, como una escultura de ébano, permanecía en su escaño durante las sesiones. Envidiosos de su mismo campo, organizaron una manifestación que pasó ante su casa lanzando denuestos, alaridos, y que concluyó como todas las cosas de la raza: en danzas lúbricas; esas danzas donde

la pantomima del amor y la del homicidio se exaltan, se confunden y son como plegarias y holocaustos á un Eros infernal.

Eulogio cayó enfermo. Ya convaleciente, el médico, al observar que estaba mudando la piel, le dijo:

—Se va usted á levantar, hecho otro hombre.

Eulogio miró la nueva piel, reluciente bajo la piel antigua que se arrugaba al desprenderse, y repuso:

—¿Sabe usted, doctor, si puede cambiarse el corazón?

—Hombre, con el tiempo y dados los adelantos quirúrgicos... Compañeros de París aseguran...

É iba á explicar una teoría, cuando Eulogio, con un gesto doloroso, lo interrumpió:

—No, doctor... Aunque pudiera ser, yo no me cambiaría el corazón. En el fondo de un corazón que ha sufrido mucho, se está orgulloso, como de una bandera que salió hecha jirones del combate... ¿Verdad, mamá?

La negra, que entraba, sonrió con sus dos filas de dientes luminosos, sin comprender.

Se miró en la luna hendida del espejo, dejó libre un largo suspiro y echó á andar hacia las otras habitaciones. Eran las siete; la hora en que debía recibir la comisión de su partido; y Eulogio tuvo el presentimiento de que algo

decisivo de su vida iba á producirse en aquella reunión.

Despertado por la impaciencia, debió bajar más temprano que de costumbre, porque al pasar por una alcoba, su madre, á medio vestir, le salió al encuentro y con inhabilidad cruel le cortó el paso, como para dar tiempo á que alguien pudiera escapar. No era la primera vez que ocurrían escenas análogas; pero el alma de Eulogio estaba aquel día en carne viva y sintió la herida con mayor intensidad. La puerta de la calle sonó al cerrarse precipitadamente; entonces su madre, de súbito tranquila, le dijo:

—Te esperan en la sala esos caballeros, hijito; iba á avisarte... Deja que te bese.

Esquivó con repugnancia el beso y tuvo que desasirse brusco, pues ella, obstinada, insistía. En la sala, vestidos de blanco, con los rostros á la vez solemnes y bufos, estaban cinco hombres aguardándole: el presidente del comité de barrio, un senador, dos caciques de provincias y un diputado mulato surgido á la vida política en la última campaña electoral. Eulogio sabía que este último había sido el incitador de la manifestación en contra suya, conocía sus ambiciones y su deseo de anularlo para erigirse en jefe del movimiento racista. En varias ocasiones consiguió parar sus asechanzas; mas aquel día, después

de la escena con su madre, el desaliento debilitó su ánimo, y al entrar y leer en los ojos de todos que una batalla iba á librarse, sintió de antemano el afán de ser derrotado.

La cuestión se planteó en seguida. Después de algunas circunvoluciones oratorias, con la palabrería propia de los mestizos, el mulato concretó el tema de la conferencia. De tiempo en tiempo sus compañeros de comisión le hacían coro para estimularlo:

—Ilustre compañero: el paso que damos nos es doloroso, eminentemente penoso, eximio compañero. Las circunstancias y el amor á la patria únicamente, nos ponen en el deber de...

—Sí, únicamente mirando los sagrados intereses de la patria... —añadió uno; y otro:

—Esa patria por la que todos debemos sacrificarnos...

Eulogio bosquejó un ademán de impaciencia. Aquella fraseología de parodia, aquella manera de pronunciar las erres y las ces, como si fueran eles y eses, y de suprimir las consonantes finales; aquellos lugares comunes copia de las profanaciones que en casi todos los discursos políticos se hacían de la patria y sus reliquias, lo hirieron de tal modo, que tuvo cerca de los labios una frase de insulto. Dominándose, interrumpió:

—Al grano, amigo.

—Le repetimos que sólo en nombre de...

—Si yo tomo la palabra — dijo aún el mulato — es por obedecer á la designación. Soy el menos capacitado; pero... hay que dar ejemplo de disciplina... En fin, no vamos á discutir intereses personales, sino otros intereses mayores, otros...

—No vamos á discutir nada—dijo Eulogio. Si es la jefatura del partido, yo la renuncio. Se anticipan ustedes á mi propósito.

Hubo una protesta general. Los ojos del mulato resplandecían de júbilo. Uno de los caciques terció:

—No se trata de renunciar. Claro que la dirección espiritual del partido es de usted, que usted la conservará siempre... La unión, á usted se la debemos. Pero...

—Necesitamos en estos momentos un hombre de acción, un hombre con menos escrúpulos que usted. No se sonría... Usted ha sido siempre demasiado honrado, y los partidos políticos no pueden tener la misma moralidad que los individuos. Su carta, publicada ayer por *El Noticiero*, nos pone á mal con una Compañía poderosa que nos había ofrecido ayuda pecuniaria para las próximas elecciones... Usted es un romántico, un sabio, un *soñador*, y hemos pensado...

—Hemos decidido...

Á estas palabras sucedió un silencio embarazoso; comprendiendo que callar mucho rato

podía ser interpretado como una retirada, concluyó el mulato:

—Acabamos de tener una entrevista con autorizados miembros del Gobierno, y nos han dicho que, como sanción á sus méritos, le ofrecerán un puesto consular en Inglaterra. El partido vería con gusto que no desairara ese ofrecimiento. ¿Comprende usted? Es la primera vez que se acepta nuestra cooperación para representar al país en el extranjero, la primera vez que el Gobierno no nos oculta dentro de casa como si tuviera vergüenza de nosotros... Se trata de sentar un precedente ventajoso para el partido. Y ninguno en las condiciones de ilustración, de talento, de... en fin...

Eulogio bajó la cabeza y cerró los ojos. Todos aguardaban su respuesta. El mulato se encogió en la silla con un ademán felino dispuesto á repeler cualquier ataque... En un segundo pasaron por la memoria de Eulogio todos sus dolores; su incapacidad de adaptación, su ineficacia para la lucha, la ingratitud del medio ambiente... y otro dolor más agudo aún: su madre, su hermana. Se levantó, contuvo con tal viril esfuerzo las lágrimas, que hasta logró sonreír, y dijo:

—Acepto... Pueden ustedes decirlo de mi parte.

Los otros, que esperaban la resistencia, que-

daron un minuto mudos. Luego prorrumpieron todos á un tiempo en felicitaciones:

—Esperábamos de usted ese civismo.

—El partido sabrá reconocerle...

—Allí estudiará usted y nos traerá enseñanzas.

—No esperábamos menos de su reconocida...

Y el mulato, en voz baja, al despedirse:

—Un uniforme precioso, amigo. Con las charreteras, la espada y el sombrero de plumas, va usted á parecer un general.

Eulogio los acompañó hasta la puerta y, desde el balcón, los vió alejarse calle abajo. Debían ir comentando el suceso. Á veces se detenían un momento y manoteaban. El mulato volvió furtivamente la cabeza. Al verlo, aceleraron el paso y torcieron por la primera bocacalle.

Cuando Eulogio entró en la sala, su madre y su hermana, que tenían la prudente costumbre de escuchar detrás de las puertas, lo esperaban y le gritaron con acento amenazador:

—¿Conque te vas?... ¡Eso no es posible, no es posible!

—Sí; no decidme nada... Me voy. Os dejo los muebles, la casa... Podéis contar siempre con la mitad de mi sueldo para vivir.

Se abrazaron á él llorando, y él se enterneció. Había caído la noche. Las tres cabezas

negras se fundían con la sombra y los trajes claros albeaban vagamente: vistos desde lejos, hubieran parecido tres espectros decapitados.

De pronto la hermana se desasíó del abrazo, y preguntó con impaciencia:

—¿Y cuándo te vas?

El buque salió una mañana. El aire diáfano corría largo trecho ante los ojos sin dejar juntarse el cielo y el mar. La despedida fué entusiasta: su madre, su hermana y el mulato que iba á sucederle en la jefatura del partido, lloraron. La muchedumbre llenaba los muelles; un periodista de *El Noticiero* dió una nota de humorismo escribiendo que nunca había estado el puerto tan "negro" de gente como aquel día... El buque comenzó á cortar el agua tersa escoltado por muchos remolcadores; reían las banderas, reía la playa bajo el sol: dijérase que se hubiera podido andar sobre el mar. En la cubierta del navío que, los viajeros, apiñados contra las bordas, cambiaban los posteros adioses. Inclinandose sobre la baranda, Eulogio contemplaba el paisaje. Había casi olvidado que era él mismo quien iba á partir; los muelles se alejaban, se alejaban, se alejaban; todo se empequeñecía lentamente, hasta que el aleteo de los pañuelos se hizo invisible... De pronto la sirena llenó la bahía con su clamor

trágico; y como si aquel lamento fuera á despertar la sensibilidad dormida de su alma, dos lágrimas se iniciaron en sus ojos, resbalaron un instante sobre la piel negra, y fueron á amargar el mar...

II

LA TEMPESTAD

- Dos maletas solo, ¿verdad?
 —Sí, sí; gracias.
 —Iremos directamente á la pensión.
 —Como usted quiera.
 —Á usted le habrá sorprendido esto; es otra vida, otro mundo. Viniendo de allá...
 —Un poco, sí.

Montaron en un *cab*. Si el cochero en vez de estar detrás del vehículo, sobre el que pasaban las riendas, hubiese estado debajo y el caballo encima acostado en una litera, Eulogio Valdés, en lugar de sorprenderse, se habría dicho simplemente: "Esto sigue". Desde que desembarcó en Southampon, su extrañeza crecía en vez de menguar con la costumbre; no era sólo el primer choque, no; tenía razón su colega: aquello era otro mundo, otra vida. Y una tristeza que no dejaba concretar la sucesión de paisajes y hechos, iba larvándose en su alma é incitándola á formular la